This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

58
516mi
465874

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

RIVA PALACIO

MIS VERSOS

MADRID

3
16mi

465874

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

RIVA PALACIO

MIS VERSOS

MADRID

A11.C1

MIS VERSOS

Al Excmo Sr marqs de Valle-Ygleciar, testimonio de amistad, de un fugaz colaboradores de la época.

Ricardo Palacio

ES PROPIEDAD

MADRID, 1893.—Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra.
Paseo de San Vicente, núm. 20.

Taller de fotograbado de LAPORTA.

92-176
SOURCE

ESTROFAS

A MI MADRE

¡Oh! cuán lejos están aquellos días
En que cantando, alegre y placentera,
Jugando con mi negra cabellera,
En tu blando regazo me dormías.

Con qué grato embeleso recogías
La balbuciente frase pasajera,
Que por ser de mis labios la primera,
Con maternal orgullo repetías.

Hoy que de la vejez con el quebranto,
Mi barba se desata en blanco armiño,
Y contemplo la vida sin encanto;

Al recordar tu celestial cariño,
De mis cansados ojos brota llanto,
Porque pensando en ti, me siento niño.

1884.

EL ALBA

(EN LA SIERRA)

Ya amanece: el horizonte
Dibuja pálida faja,
Orla del manto nocturno,
Diadema de la alborada.
En Oriente las estrellas
Palidecen y se apagan,
Y sopla el viento más frío
Anunciando la mañana.

Entre la sombra que cubre
Las espesas enramadas,
Trinan los *madrugadores*,
Y sus aromas exhalan
El *oyamel* y el *ocote*,
Los cedros y las lianas.
En los ranchos silenciosos
Alegres los gallos cantan,
Que ya ilumina el paisaje
Incierta la luz del alba.
Ya se oyen desde los prados
El tañir de la campana
Y el balido de la oveja
Y el mugido de las vacas.
Cruzan de tordos parleros
Negras revueltas parvadas,
Que descienden de los bosques
Sobre la fresca labranza.
Divísanse los senderos
Que suben por la montaña,

Relucientes y sembrados
De pura y brillante escarcha.
De azul se tiñen los cielos,
Las nubecillas de grana,
Ostentando la llanura
Sus alfombras de esmeralda.
Los vapores de la noche
Huyen como nube blanca,
Hasta posarse en las crestas
Ó morir entre las ramas.
Despiden los *jacalitos*
Columnas de humo azuladas,
Y el canto de los *rancheros*
Que al trabajo se preparan,
Se mezcla confusamente
Con el rumor que se alza
Cuando después de la aurora
Vivífico el sol derrama
Sobre el mundo que despierta
Su luz esplendente y clara.

EL MEDIODÍA

(EN LA COSTA)

Radiante el sol meridiano
Lanza torrentes de fuego,
Y sus ondas luminosas
Aduermen al manso viento.
De aquella calma profunda
Sólo interrumpe el silencio
El ronco mar que sus aguas
Azota estruendoso y fiero,

De los apartados morros
Contra los peñascos negros,
Que ya se cubren de espuma
Y ya aparecen enhiestos.
Ni un barco sobre las olas,
Ni una nube sobre el cielo:
Parece el cielo un abismo,
Parece el mar un desierto.
Lánguidas cuelgan las hojas
Del altivo cocotero,
Lánguidas flotan las palmas
Del *cayaco* gigantesco;
Fuego circula en el aire
Y el azul del firmamento,
Como de flotantes llamas
Envuelve rojizo velo;
Sobre las ondas del río
Se inclina el mangle soberbio,
Y buscando grata sombra
Calla el *zanate* parlero.

Al abrigo de la hierba
Los esmaltados insectos
Enmudecen, respetando
El silencioso misterio.
Duerme la verdosa iguana
Sobre un tronco de árbol seco,
Duerme el caimán perezoso
Á la orilla del estero.
Los loros y guacamayos
Se agrupan bajo los cedros,
Inmóviles, mientras llega
El terral húmedo y fresco.
Huye el *guaco* á la cañada,
Y el tigre con paso incierto
Sigue el rumor del arroyo
Que sale á buscar sediento.
Terrible es aquella calma,
Pavoroso aquel silencio,
Que sólo el mar interrumpe
Con su monótono estruendo.

LA TARDE

(EN EL VALLE DE MÉXICO)

Está moribundo el día
Y el sol poniente colora
Las nieves del *Ixtacihuatl*
Con los tintes de la rosa.
En un cielo de turquesa
Ligeros crespones flotan,
Nubes de púrpura y grana
Que oro mienten con sus orlas.

Sobre los tendidos lagos
Las brisas murmuradoras
Van recogiendo el perfume
De las frescas amapolas,
Del mirto y del *zempazuchil*,
De las clavellinas rojas,
Del *cacomite* atigrado,
De la azucena olorosa.
En grato vaivén se agitan
Los *tulares* si les toca
El aliento de la tarde
Que va impregnado de aromas.
Las flores en las *chinampas*
Inclinan ya sus corolas,
Y el mirasol languidece
De la tarde con la sombra.
Forman alegre concierto
Los gorriones, en las hojas
De fresnos y *capulines*,
En cuyas ramas se posan.

El vuelo tienden las garzas
Buscando la selva umbrosa,
Y al abrigo de las trojes
Retíranse las palomas.
Se oye el rumor á lo lejos
De las reses mugidoras
Que llegan á los establos
Ó á los potreros retornan.
Por el lago transparente
Cruzan pesadas canoas
Ó *chalupas* que ligeras
Mueven apenas las olas.
Sembrado se mira el valle
De haciendas, pueblos y chozas,
Y en medio de ese conjunto
México que se corona
Con cien torres que reflejan
Esa luz que seductora
Las nieves del *Ixtacihuatl*
Tiñe de carmín y rosa.

LA NOCHE

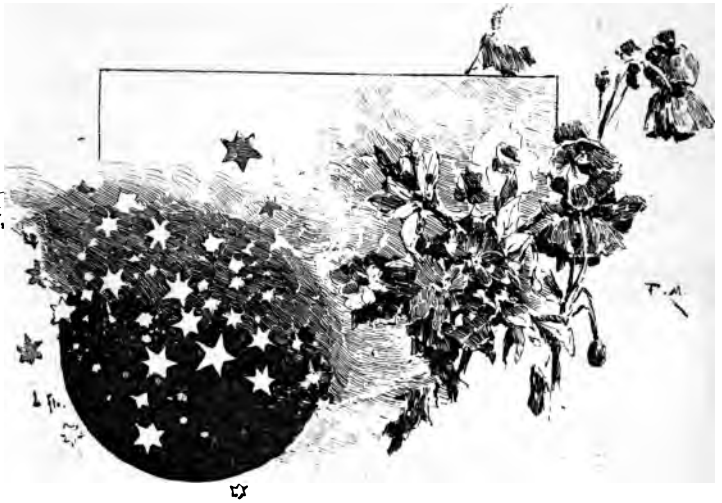
(EN LA MONTAÑA)

La noche envuelve á la tierra
Con sus negros pabellones,
Y en el espacio infinito
Brillan miriadas de soles.
Espléndida se levanta
La luna en el horizonte,
Y vaporosos celajes
Sus blancas luces recogen.
No es la imagen de la muerte
Dentro las selvas la noche,

Que se alzan por todas partes
Dulces y extraños rumores.
El eco de los torrentes
Viene de lejano bosque,
Mientras al brillar la luna
Cantan, sin saberse en dónde,
Pájaros desconocidos,
Desconocidas canciones.
Se oye crujir la maleza
Y luego el pesado roce
De los tigres que en la loma
Cruzan *pujando* feroces.
Aullan en las cañadas
Los lobos y los *coyotes*,
Y brillan entre la hierba
Mil insectos zumbadores,
Que como estrellas perdidas,
Fosforescentes, veloces,
Tan pronto surcan la tierra
Como en las hojas se esconden

De los árboles soberbios
En que cantan sus amores
Los jilgueros en las tardes
Y en la aurora los zenzontles.
Una ráfaga de viento
Llega rápida, y se oye
Crujir el añoso tronco,
Y sordo luego, recorre
Aquel rumor misterioso
La virgen selva, y entonces
Se interrumpen de repente
Todos los otros rumores,
Porque el ángel de las sombras
Cruzando va por el bosque.

México, 1869.



LA VEJEZ

Mienten los que nos dicen que la vida,
Es la copa dorada y engañosa,
Que si de dulce néctar se rebosa,
Ponzoña de dolor guarda escondida.

Que es en la juventud, senda florida,
Y, en la vejez, pendiente, que escabrosa
Va recorriendo el alma, congojosa,
Sin fe, sin esperanza y desvalida.

¡Mienten! Si á la virtud sus homenajes
El corazón rindió, con sus querellas
No contesta del tiempo á los ultrajes;

Que tiene la vejez horas tan bellas,
Como tiene la tarde sus celajes,
Como tiene la noche sus estrellas.

IDILIO

Una casita
Sobre una alfombra
De blancas flores y verde grama,
Donde recuestan su fresca sombra
Los arrayanes y la retama.

Entre las juncias
Y carrizales
Un arroyito que corre puro,
Acariciando con sus cristales
La madreselva que escala el muro.

Blancas ovejas
Sobre las lomas,
Tordos parleros por los sembrados,
Y en dulce arrullo blancas palomas
En los aleros de los tejados.

Cabe las puertas
Y en las ventanas,
De roja hiedra fresca cortina,
Y por los patios cruzando ufana
En raudo vuelo la golondrina.

Entre los fresnos
Aves cantando,
Junto al estanque lirios y rosas,

Y por las flores, ledas buscando
El dulce néctar las mariposas.

Y tú á la sombra.
Cerca del río,
El verde musgo por blando lecho,
La trova oyendo que el pecho mío
Manda á que more dentro tu pecho;

Y allí pintando
Mi amor ardiente,
Y contemplando tus bellos ojos,
Húmedos besos sobre mi frente
Pondrán temblando tus labios rojos.

LA
SIESTA

Aquí, bajo la copa
Flotante del palmero,
Que altiva se dibuja
Sobre el espacio azul,
Á orillas de las aguas
Tranquilas del estero
Y cerca de las ondas
Del mar que ruge fiero,
Aguardo en nuestra hamaca,
Hasta que llegues tú.

Te espero, ven, señora;
Pasó de la mañana
La brisa fugitiva,
Y el sol abrasador
Marchita la azucena
Que se columpia ufana,
Y del gigante cedro
La cariñosa liana
Afloja desmayada
Los nudos del amor.

Se ocultan en el bosque
Los tímidos faisanes,
Y en las fangosas grutas
Del tétrico manglar,
Entre los verdes tules
Se aduermen los caimanes,
Los tristes alcatraces
Sin miedo de huracanes
Escuchan en las rocas
Los tumbos de la mar.

No se oye de las aves
La cántiga sencilla,
No cruza la gaviota
El cielo de zafir;
Ninguna nave surca
Las aguas con su quilla,
Y llegan presurosas
Hasta tocar la orilla
Las olas que en espuma
Se tornan al morir.

Silencio majestuoso
Que guarda los amores.
Señora, ven, te espero,
Acércate, mi bien;
Te envolverán los gratos
Perfumes de las flores,
Y miraré en tus ojos
Brillantes, seductores,
Espléndida irradiando
La llama del placer.

De mirtos y azucenas
Tejida una guirnalda,
Tu negra cabellera
Con ella ceñiré;
Sus flores desprendidas
Sobre tu fresca espalda
Dejando irán sus besos,
Hasta tocar la falda
Donde el encanto asoma
De tu desnudo pie.

Podré, como otras veces,
En tu agitado seno
Tranquilo mi cabeza
Ardiente reposar,
Sintiendo cuál se mueve
Con tu alentar sereno;
Y de placer y amores
Y de ternura lleno,
Sobre tus blandas manos
Mis labios estampar.

¿Llegaste, mi adorada?....
Coloca, sí, coloca
Tu seno junto al mío.
¿Suspiras de placer?
Tus labios seductores
Sellando están mi boca,
Me oprimes en tus brazos,
Tu aliento me sofoca;
Estréchame, ángel mío,
Confúndete en mi ser.

Zirándazo, 1866.

LAS GOLONDRINAS

¿Has visto cómo viene la parlera
Banda de golondrinas bulliciosa,
Cuando en el valle y la floresta umbrosa
Tiende sus galas rica primavera?

¿Y no has visto después cómo ligera,
En busca de otra tierra, presurosa
Huye la banda tímida y medrosa
Al sentir del invierno la carrera?

Así también, la turba cortesana
Llega, de su impudor haciendo alarde,
De la fortuna á la primer mañana;

Pero se alzan las sombras de la tarde,
Ruge la tempestad, aunque lejana,
Y aquella tropa vil huye cobarde.

Prisión Militar de Santiago.

UN RECUERDO

Es un recuerdo dulce, pero triste,
De mi temprana edad:
Mi madre me llevaba de la mano
Por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
Como pardo cendal,
Y á gritar comenzaba en la cañada
El huaco pertinaz.

Cantaban los tropiales en el bosque
Con dulce suavidad,
Los penachos del mangle caballero
Agitaba el terral,

Y de la balsa entre los verdes musgos
Acechaba el caimán,
Y bajaban los peces á sus nidos
De concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
En su continuo afán,
Y en medio á los rumores dominando
Los tumbos de la mar.

Mas de improviso atravesando el viento
Escuchóse fugaz
De las campanas de vecina aldea
Tañido funeral.

Detúvose mi madre, y en silencio
La contemplé rezar,

Y de llanto llenáronse sus ojos,
Y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre? la decía
Con dulce ingenuidad;
Y ella me contestó dándome un beso:
—Es preciso llorar,

Que con lúgubre toque las campanas
Anunciándome están
Que un hombre, como todos, de esta vida
Pasó á la eternidad.

—¿Y tú te has de morir? la dije entonces;
¿Tu amor me faltará?
Y ella sin contestar, sólo lloraba,
Y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro,
Y ella con dulce afán
Enjugando mis lágrimas, decía:
—«¡Vamos, ya está, ya está!»

Pocos años después, perdí á mi madre:
No ceso de llorar,
Y en sueños la contemplo cada día;
Del cielo viene ya.

Llega, se acerca hasta tocar mi frente
Su rostro celestial,
Y con acento tierno me repite:
—« ¡Vamos, ya está, ya está! »

1860.

EL ESCORIAL

Resuena en el marmóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,
Contra su propia hiel, buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano

Que la vida cruzó sin un amigo,
Águila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.

1870.

LA CAMPANA

Anunciando la fiesta de la aldea
Matutino repique se desata,
Que lanza, como rauda catarata,
La campana que alegre clamorea.

Mas, triste y melancólica golpea
Y fúnebre el tañido se dilata,
Cuando la muerte un ser nos arrebata
Y la escarbada fosa el viento orea.

Por eso con profunda simpatía
Escucha el pueblo, y con cariño santo,
Ese tañir que grato le extasía;

Porque á ese bronce, en misterioso encanto
Siempre le oye reir en su alegría,
Siempre le oye llorar en su quebranto.

DUDA
Y
FE

Negro estaba y sombrío el firmamento,
Y tú me lo mostrabas;
«Así tengo, dijiste, el pensamiento»,
Y era, porque dudabas.

De bella tarde en apacible calma
Otra vez me decías:
«Como ese cielo azul tengo yo el alma»,
Y era, porque creías.

Luz es la fe, mi bien; sombra la duda;
Con mi amoroso anhelo
Yo le daré, si tu pasión me ayuda,
Luz á tu cielo.

LA MORAL

El ser de la virtud la senda estrecha,
Y la del vicio cómoda y florida,
Verdad es, tan antigua y tan sabida,
Que repetirlo á nadie le aprovecha.

¿Quién no sabe que el malo hace cosecha,
Y que el bueno se pasa triste vida;
Que comenzando iguales la partida,
Éste se muere de hambre, aquél pelecha?

Si de tales premisas la experiencia
Deduce como regla, que los bobos
Son los llamados «hombres de conciencia»,

Si son triunfos escándalos y robos,
Á la moral defino como ciencia
«De preparar ovejas á los lobos».

México, 1886.

HOY

No de lo porvenir entre la densa
Sombra, con que se vela impenetrable,
Te finjas con empeño infatigable
La pena atroz ó la desgracia inmensa.

No del pasado la terrible ofensa
Llames á nueva vida; que indomable,
Al recuerdo de tiempo miserable
Oponga el corazón tenaz defensa.

Pasó el ayer, llevóse su quebranto;
El mañana no llega todavía:
¿Por qué lo que no existe causa espanto?

No oprima al corazón la fantasía,
Que en esta vida de dolor y llanto
Le basta su pesar á cada día.

1885.

Á MEDIA NOCHE

¡Suenan las doce! Alegre movimiento
Responde á las sonoras vibraciones,
Y músicas, y gritos, y canciones,
Lleva en sus ondas presuroso el viento.

¡Un año terminó! Surge el momento
Que arrastra los ignotos eslabones
De otro año, que preñado de ilusiones,
Contempla en su delirio el pensamiento:

Y mientras tanto, el tiempo inexorable
Las horas de su reino desprendidas
Arroja en el abismo inexcrutable

Donde van las edades confundidas;
Y en su carrera sigue infatigable
Sembrando cunas y segando vidas.

AMOR

Al comenzar el estío,
Y al despuntar la mañana
Va por la orilla del río
En busca del caserío
Y cantando una serrana:

—«Tengo un amor tan callado,
Tan puro y tan inocente,
Como la mansa corriente
Que se desliza en el prado.

Jamás de los sinsabores
Llegó la triste amargura
A turbar su linfa pura
Entre su lecho de flores.

Y con tan amante prisa
Corren sus ondas süaves,
Que ni las oyen las aves,
Ni las alcanza la brisa.

No enluta noche importuna
Sus encantos virginales,
Que entre sus limpios cristales
Quiebra sus rayos la luna.

Amo con tan dulce calma,
Que no sé por darle nombre,
Si soy el alma de un hombre
O él es alma de mi alma.

Con ese amor se engalana
Orgulloso el pecho mío,

Porque la brisa le bese
Grabo ese nombre en la arena.

Y cuando de allí me alejo,
Vuelvo á mirar con ternura,
Que al irme se me figura
Que hago mal porque le dejo.

Paso noche de contento
Contemplando las estrellas,
Pues miro escrita con ellas
Su cifra en el firmamento.

Y en inocente deseo
Tanto mi ilusión se exalta,
Que si una estrella me falta
Me parece que la veo.

Y así pasa mi existencia
Tan dulce, tan sosegada,
Que vive el alma embriagada
De amor con tan pura esencia.

Y este amor es tan callado,
Tan tierno y tan inocente
Como la limpia corriente
Que se desliza en el prado.»

México, 1375.

ALBORADA

Trinando están los jilgueros,
El aura soplando ufana,
Y pálidos y ligeros
Huyendo van los luceros
De la luz de la mañana.

Asoman entre las brumas
Rosas, lirios y amapolas,
Y como flotantes plumas
Del arroyo las espumas
Se posan en sus corolas.

En la selva que despierta
Se oye místico, suave,
Vago rumor que concierta
Con esa armonía incierta
Que lanza al cantar el ave.

Va la fuente murmurando
Entre la erguida espadaña,
Y el pardo cielo cruzando
Las nieblas que van buscando
La cresta de la montaña.

Dejan el caliente nido
Las bandas de los tropiales,
Y desde el bosque escondido
Llegan en vuelo tendido
A los dorados trigales.

Sobre la pradera amena
Todo es quietud, todo calma,
Y de luz y encanto llena
La atmósfera está serena
Como está tranquila el alma.

¡Pienso con tanta dulzura
En ti, vida de mi vida!
¡Es tan grande mi ventura!
¡Tan profunda mi ternura!
¡Mi fe tan correspondida!

Toda pasión enmudece
Ante esa inmensa pasión;
Toda imagen desparece
Y toda luz palidece
A la luz de esa ilusión.

Pienso en ti: quizá dichosa
Del sueño entre las visiones,
Oiga tu alma generosa
Esta cántiga amorosa
Que entonan mis ilusiones.

Y del cuerpo desprendida
Por el sueño, aquí tu alma
Dando esté vida á mi vida,
Y á mi pasión encendida
La fe que me da la calma.

¡Aquí está! ¡sí! yo la siento;
Por eso ven mis amores
Más bellos el firmamento,
La luz, las nubes, el viento,
La selva, el prado y las flores.

Porque en tu amor, vida mía,
Toda mi ilusión se encierra,
Y sin él, siempre hallaría
La bóveda azul, vacía,
Desierta y sola la tierra.

México, 1875.

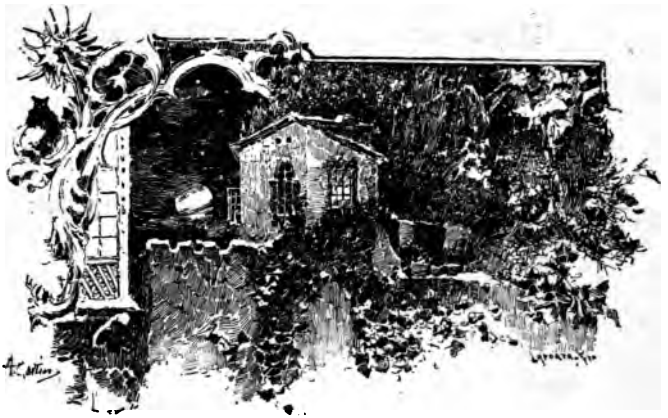
LA GLORIA

No me hablen de Colón y Galileo,
Ni de Miguel Cervantes ni de Ovidio,
Que después del destierro ó el presidio
Llegaron de la gloria al apogeo.

Fueron grandes sus penas, bien lo creo,
Es inmortal su fama, y yo la envidio,
Pero lleva conato de suicidio;
Consolarse con eso es devaneo.

Yo recuerdo muy bien toda la historia
De esos ilustres hombres (no me alabo,
Pues talento del tonto es la memoria);

Pero hay que convenir al fin y al cabo
En que es fórmula eterna de la gloria
«Al asno muerto, la cebada al rabo».



AL VIENTO

Cuando era niño, con pavor te oía
En las puertas gemir de mi aposento;
Doloroso y tristísimo lamento
De misteriosos seres te creía.

Cuando era joven, tu rumor decía
Frases que adivinó mi pensamiento;
Y cruzando después el campamento,
«Patria», tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento azotando, en las obscuras
Noches, de mi prisión las fuertes rejas,
Pero hanme dicho ya mis desventuras

Que eres viento, no más, cuando te quejas:
Eres viento si ruges ó murmuras,
Y viento cuando pasas y te alejas.

Prisión Militar de Santiago.

LA

VELETA

Erguida sobre el alto campanario,
Y despreciando al rayo resonante,
Sensible la veleta, sigue amante
Del caprichoso viento el rumbo vario.

Ya la agita un impulso, ya al contrario
La detiene ligera y vacilante,
Y al rudo soplo de huracán pujante
Responde con gemido funerario.

Como ella, de la vida en el camino,
Hallamos almas que con santo anhelo
Siguiendo van nuestro fatal destino.

Dulces fuentes de amor y de consuelo,
Retratando en su fondo cristalino
La tormenta ó la luz de nuestro cielo.

1885.

EPÍSTOLA

No busques, Juan, con loca incertidumbre,
Esa heroica virtud que te fascina,
Entre la palaciega muchedumbre.

La codicia su marcha determina,
Y siguen todos, como rumbo cierto,
Del viento la corriente que domina:

La vista fija en anhelado puerto,
Con huracán deshecho, ó con suave
Brisa, llega más pronto el más experto.

Allí sólo zozobra el que no sabe,
Ó que saber no quiere, el fácil modo
De aligerar mejor la frágil nave.

Quién, por salvar el cargamento todo,
Alegre lanza á la onda procelosa,
Ó á negro cenagal de oprobio y lodo,

El limpio honor de la modesta esposa,
Ó de amor fraternal haciendo alarde,
Sacrifica á la virgen pudorosa.

Quién á la baja adulación, cobarde
Prestados pide los batientes remos,
Temeroso quizá de llegar tarde,

Y sin rubor agota los supremos
Medios de la lisonja, y degradado
Toca de la abyección á los extremos.

Y á veces con ardid más reprobado
Acude á la calumnia y la mentira
En la denuncia vil del hombre honrado.

Por alcanzar el premio á que se aspira,
El honor no detiene, ni amedrenta,
Ni nada indigno ni cruel se mira;

Que del favor la llama se alimenta,
Lo mismo con ajeno sacrificio
Que con el cieno de la propia afrenta.

Ni de infame se nota el ejercicio
De llevar diligente al poderoso
Codiciados objetos de su vicio.

Nombre allí la virtud tiene oprobioso,
Que el labio calla y el pudor ignora,
Y son uno el prudente y el medroso.

Allí de lëaltad nadie atesora
El noble don; cual gallos vigilantes
Esperan el fulgor de nueva aurora.

Todos quieren llegar, todos ser antes,
Si un astro nuevo con sus rayos hiere,
Huyendo al que se eclipsa tumultantes.

Y el coro indigno sin rubor profiere
Cantos de triunfo para el sol que nace,
Gritos de guerra para el sol que muere.

Ni hay amparo tampoco que reemplace
Allí de la amistad, al dulce abrigo
Que á humano pecho tanto satisface.

Y si fiera ocasión lleva consigo
Exigir una víctima, de puente
Sirve bien el cadáver del amigo.

Siempre el triunfo será del diligente
Que ni escrúpulo sufre, ni repara
Si al malvado inmoló ó al inocente.

Nadie allí se conoce ni se ampara
Si un interés cualquiera se subleva.
Planta es la caridad allí tan rara,

Que si acaso á nombrarla hay quien
Tan brusca carcajada le responde,
Que de su necio error castigo lleva.

Con cuidadoso empeño, allí se esconde
Lo que el vulgo rüin llama conciencia,
Y á los villanos sólo corresponde.

En la patria pensar fuera demencia,
Que está su nombre allí tan ignorado,
Que apenas se sospecha su existencia.

Todos miran el puesto á que han llegado,
Como medio, no más, de hacer fortuna;
Busca pingües ganancias el privado,

No excusa el que pretende, mengua alguna;
Por alcanzar ruin, mezquina gracia,
Cualquiera humillación es oportuna.

Quien más consigue, quien mayor audacia
Muestra, y mayor cinismo, más aprecio
Gana en la palaciega aristocracia.

Huye, Juan, de tal gente, aunque de necio
Te tachen y te burlen, y, con fiera
Soberbia, te contemplen con desprecio.

No pretendas pisar tan alta esfera,
Reprueba tanto crimen sin embozo,
Que la honradez nos hace placentera
La triste soledad del calabozo.

Prisión Militar de Santiago.

POEMAS
Y
EPISODIOS

LA FLOR

LA FLOR

I.

De la montaña en el abrupto flanco,
Limitando el barranco
Por donde turbio, atronador, hirviente,
Revolviendo entre rocas y entre brumas,
Se despeña el torrente
Arrojando con furia sus espumas.

II.

Acantilado muro se levanta
Con altitud que espanta,
Coronado de robles y de encinas,
En donde tienden húmedo su velo
Las nieblas matutinas
Con la primera luz que baña el cielo.

III.

Bordan soberbio manto á su grandeza
El musgo y la maleza,
Y los punzantes cactus, y atrevidos
Arbustos, que las rocas aferrando
Se inclinan suspendidos,
El espantoso abismo sombreando.

IV.

El agua del torrente evaporada,
Retorna condensada
En anchas venas ó menudas gotas
Por la rugosa falda del gigante,
Y en las quiebras ignotas
Se pierde misteriosa y murmurante.

V.

Como lacia melena, en los crestones,
Los tupidos festones
Lánguidos flotan á merced del viento,
Oscilando en constante y rumoroso
Y vago movimiento
Sobre la frente altiva del coloso.

VI.

Levantan incansables tejedoras
Las plantas trepadoras
Su verde malla en la pendiente breña
Y se agrupan el hongo y el helecho,
De la desnuda peña
Luchando por asir el borde estrecho.

VII.

Al abrigo del sol crece y florea
La fragante orquidea
Y es de aquella montaña la espesura
Fantástica cortina recamada
De flores y verdura
Al alcance no más de la mirada.

VIII.

Por la florida senda pedregosa
De la cañada umbrosa
Que al pie de la montaña se estrechaba,
En fresca tarde de apacible día
Feliz atravesaba
En juvenil y alegre compañía.

IX.

De aquella sierra en los peñascos huecos,
Despertaban los ecos,
Con el duro trotar de sus corceles,
Lucida cabalgata de amazonas
Servidas de donceles,
Animosas, gallardas, juguetonas.

X.

Ya saltaban osadas y ligeras,
De robustas palmeras
Los abatidos troncos seculares;
Ya buscaban la sombra de lustrosos
Crujientes platanares,
Ó de frescos naranjos olorosos.

XI.

Inquietos, jadeantes, fatigados,
Y de sudor bañados
Los generosos brutos gorbetean,
Y al viento arrojan en ligeras plumas,
De sus fauces que humean
Lucientes y blanquísimas espumas.

XII.

Sobre un garboso y trotador overo
Que relincha altanero
Sacudiendo su crin luenga y sedosa,
Entre aquel bello grupo iba María,
La virgen pudorosa
Por quien de amor mi pecho se encendía.

XIII.

Era esbelta y flexible. Su cabeza
Con noble gentileza
Coronaban undosos sus cabellos,
Negros, finos, profusos y brillantes,
Y de sus ojos bellos
Lampos de luz brotaban deslumbrantes.

XIV.

La amaba yo con la pasión primera;
Con mi existencia entera
Una hora de su amor pagado habría;
Pero ella altiva siempre y desdeñosa,
Severa reprimía
De mi edad la corriente tormentosa.

XV.

Contemplando la hirviente catarata,
La gentil cabalgata
Se detiene, y se escucha entre las rocas
El rumor de las voces argentinas
De aquellas lindas bocas,
Como el parlar de alegres golondrinas.

XVI.

Mas de pronto en la peña acantilada,
Con rápida mirada
Descubre entre las quiebras mi María,
Roja, espléndida flor que altiva crece
Y al hombre desafía
Desde la inmensa altura en que se mece.

XVII.

¡Con qué infantil candor, con qué inocencia,
Expresó la impaciencia
Que le causaba contemplar tan lejos
Aquella flor, mirando su hermosura
Á los tibios reflejos
Del sol que penetraba en la espesura!

XVIII.

No pude resistir, sentí convulso
Con repentino impulso
Agitarse mi ser; el pensamiento
Se incendió con el fuego de una idea,
Y dijo mi ardimiento:
«Suya será esa flor, pues la desea».

XIX.

Antes que alguno mi intención comprenda,
Con la flexible rienda
De mi corcel despierto el noble brío;
Y pujante se mueve y se encabrita
Y en las aguas del río
Saltando el peñascal se precipita.

XX.

Entre sordos rumores confundidos
Llegan á mis oídos
Ecos de angustia y gritos de quebranto
Que presurosos á llamarme vienen,
Y ni me dan espanto,
Ni me hacen vacilar, ni me detienen.

XXI.

Fuerte, ligero, audaz y apasionado,
Con el pecho inflamado
De aquella edad por el intenso fuego,
De ilusiones y amor llena la mente,
Atravesaba ciego
Las encrespadas olas del torrente.

XXII.

El potro vigoroso hiende el agua;
Como de ardiente fragua
Es su aliento agitado. La onda fiera
Espumante le envuelve hasta la silla;
Pero su esfuerzo impera
Y el borde alcanza de la opuesta orilla.

XXIII.

Salto de mi caballo, y diligente
Por la áspera pendiente
Que mi osada intención torna en escala,
Asalto con valor el alto muro
En donde el pie resbala
Y el apoyo en el brazo es inseguro.

XXIV.

Como el reptil que en antro pavoroso
Se arrastra cauteloso,
Así avanzaba yo. Ya desprendida
Escapaba una piedra de mi mano,
Ya entregaba mi vida
Al seco matorral, frágil y vano.

XXV

Sobre el musgo mi planta se escurría;
En inútil porfía,
Me aprisionaban en flexibles lazos
Trepadoras sin fin y enredaderas,
Y al hacerlas pedazos
Se llevaban tras sí rocas enteras.

XXVI.

Á veces con esfuerzo sobrehumano
Y teniendo mi mano
Á punzadora hierba mal sujeta,
Pugnaba por hallar, inútilmente,
El relieve ó la grieta
En la pulida faz de la pendiente.

XXVII.

Era supremo triunfo la conquista
De la tajante arista
Que duro pedernal me presentaba,
Y ofreciéndome apoyo pasajero
Mis carnes destrozaba
Con sus cortes más finos que de acero.

XXVIII.

Con negras alas de cambiantes rojos,
Azotando mis ojos
El vértigo asomó; yo no veía
El abismo á mis pies; pero terrible
Su aliento me envolvía
Atrayéndome mudo, irresistible.

XXIX.

Y vi nubes sangrientas, y vi estrellas
Rutilantes y bellas
Cruzando en obscurísimas regiones,
Y escuchaba tañidos de campanas,
Y rugir de aquilones,
Y conciertos de músicas lejanas.

XXX.

Parecíame sentir que de su asiento
Con rudo movimiento,
Quebrando las cadenas de granito,
Se arrancaba ligera la montaña,
Cruzando el infinito
Con torpe vuelo en lentitud extraña.

XXXI.

Sentí helarse mi sangre; de pavura
Crujir mi dentadura,
Y en mi cerebro el soplo de la muerte.
Dejé de respirar; cerré los ojos
Y me detuve inerte,
Como en mullido lecho, en los abrojos.

XXXII.

¿Pasé inmóvil una hora ó un instante?
Lo ignoro; delirante
Seguí subiendo. Todo parecía
Á mi vista cambiar; por los cantiles
Precipitada huía
La repugnante tropa de reptiles.

XXXIII.

Se animaban los cactus: erizados
Sus dardos acerados
Procuraban herirme. Rencorosas
Me lanzaban fosfóricas miradas
Víboras espantosas,
En las obscuras grutas refugiadas.

XXXIV.

Hirviente muchedumbre me rodea
De insectos, que hormiguea
Bajo la hierba, ó se alza en densa nube,
Y con formas diversas y bizarras
Sobre mi cuerpo sube,
Clavando sus harpones ó sus garras.

XXXV.

Sangrando voy, y á detener me obliga
Mi empeño, la fatiga;
Eterno aquel camino me parece.....
Alzo la vista..... y miro que colgando
Cerca de mí se mece
La codiciada flor que voy buscando.

XXXVI.

Renace mi vigor, vuelve el aliento;
Con rudo movimiento
Me adelanto salvando la distancia
Que me separa de la flor, y ufano
Con soberbia arrogancia
Tiendo sobre ella la sangrienta mano.

XXXVII.

Y al contemplarme así sobre la altura
Con extraña locura
Sentí de la barbarie el atavismo,
Y orgulloso lancé como un ultraje
Sobre el profundo abismo
El estridente grito del salvaje.

XXXVIII.

De la callada brisa el dulce beso
Sobre mi frente impreso
Calmó la fiebre, me sentí dichoso,
Y radiante de amor y de alegría
Me incliné presuroso
Buscando con la vista á mi María.

XXXIX

Donde yo le dejé, cerca del río
Inmóvil y sombrío
Me contemplaba el grupo fijamente;
Y ella, lejos de allí, puesta de hinojos,
Inclinaba la frente,
Con las manos cubriéndose los ojos.

XL.

¡Ella por mí temblando y solitaria
Alzaba su plegaria!
Yo no puedo decir qué sentimiento
Movió mi corazón: fué de ventura,
Ó fué remordimiento
Al contemplar su pena y su amargura.

XLI.

Ligero como el tigre perseguido
Dejo el peñón erguido,
Encuentro mi corcel, salto á la silla
Y cruzando el torrente, en la cañada,
Doblando una rodilla,
Le presento la flor á mi adorada.

XLII.

Ella se acerca pálida, me mira,
Se estremece, suspira,
Y luego apasionada, como loca,
La flor de entre mis manos arrebata,
Se la lleva á la boca
Y en llanto de ternura se desata.

México 1884.

LORENCILLO

EPISODIO HISTÓRICO. — AÑO DE 1683.

LORENCILLO

EPISODIO HISTÓRICO.—AÑO DE 1683.

Dadme vuestra atención, y de mis labios
Escuchad la leyenda lastimosa
Del siglo diez y siete recogida
En las páginas negras de la historia.

Serena está la noche; sólo turba
El solemne silencio de sus horas

El ronco mar, que en la tendida playa
Con sonoro rumor rompe sus olas.
Los rayos de la luna cabrillean
Al resbalar en las movibles ondas,
Y en apacible claridad se baña
La hirviente espuma en la lejana roca.
Como triste sudario, se dibujan
Los pardos arenales de la costa,
Y alzándose en el fondo de los cielos
De la montaña la gigante sombra.
Allí está Veracruz. En esa noche
En dulce calma y sin temor reposa.
Ni una luz en sus calles ni en sus plazas,
Ni en el castillo que su mar custodia;
Ni el grito del alerta centinela,
Ni el rumor de los pasos de la ronda.
Muda está la campana que denuncia
La henchida vela, que llegando asoma,
Y desierta la torre en que el vigía
Los horizontes de la mar explora.

Todo descansa en la ciudad que duerme,
Arrullando su sueño rumorosas
Las aguas del Atlántico que llegan
Y las murallas sin descanso azotan.

Mas, de repente, sobre el limpio cielo
Que en matiz de turquesa se colora,
Allá por el Oriente se perfila
Como fantasma erguido, silenciosa,
Deslizándose rápida en las aguas,
Una potente nave; y después, otra
Y otras que van tras ella, dirigiendo
Hacia la playa la tajante prora.
No despliegan al viento sus banderas,
Ningún farol en la cubierta asoma,
Alumbrando á la chusma diligente
Que el alto bordo del bajel corona.
Once las naves son, y todas ellas
Entre el murmullo que del agua brota
Arrojan en el fondo del abismo

Las oxidadas anclas ponderosas;
Suena el silbato, y con presteza arrían
Los marineros las tendidas lonas,
Quedando la tupida arboladura
Como el bosque privado de sus hojas.
Ya descienden los botes, ya la escala
Flexible se desprende de la borda,
Y en ruda confusión se precipita
De los bajeles la revuelta tropa:
Y se empujan, se estrechan y se oprimen,
Resonando las armas que se chocan,
Cuando al tocar en los ligeros botes
Unos sobre otros sin temor se arrojan.
Cada vez que las lanchas, tan cargadas
Están, que torpes con peligro flotan,
Del buque se desprenden, y á la tierra
Llegan, dejan la gente, y luego tornan
Nueva carga á buscar, sin que el cansancio
Retarde ó interrumpa la maniobra.
¡Cuánta gente en la arena! ¡Cómo brillan

Las armas por doquier! ¡Qué presurosa
Aquella hirviente muchedumbre acude
A la primer señal que la convoca!
¡Cuán extraño conjunto! ¡Cuántas razas!
¡Qué confusión de trajes y de idiomas!
Vienen allí, siguiendo á los franceses,
Que el nombre de su rey fieros invocan
Y áurea la flor de lis muestran bordada
En su bandera, que á los aires flota,
Negros, indios, mestizos y mulatos
Prófugos de las islas. Y de Europa
Ingleses y flamencos y españoles,
Cuya negra traición su faz pregona.
Altivos acaudillan esa chusma
Nicolás de Agramont, y el de faz torva
Lorenzo Jaquenún, audaz pirata,
Del que guardan tristísima memoria
Las costas del Campeche y las de Honduras
Y el comercio de Cuba y la Española,
Y es terror de soldados y marinos

Que van de Nueva España con la flota.
Se dice que en sus venas sangre lleva
De la africana gente rencorosa;
Sabe el vulgo sus bárbaras hazañas,
Pero su patria y apellido ignora,
Y así por *Lorencillo* le conocen
Desde el monarca hasta la plebe tosca.
Pero cesa el rumor, y aquella turba
Se pone en marcha. Lenta, misteriosa
Avanza la columna, y se desliza
Sobre la arena, cual gigante boa
Que hambriento va buscando cauteloso
La descuidada presa entre las sombras.

Tal como, á veces, la tormenta airada,
Rauda turbando la tranquila zona,
Al fiero impulso de huracán pujante
Llega, se extiende, crece, el cielo entolda,
Engendra el rayo, ruge con el trueno,
El relámpago nace de su sombra,

Estremece la tierra, el bosque abate
Y en torrente de lluvia se desploma;
No dé otro modo en la ciudad dormida,
Apenas llega la apacible aurora,
Repentino rumor se alza terrible,
Y crece atronador, como si rotas
Las murallas que enfrenan de los mares
El ímpetu soberbio, negras olas
Chocando con estrépito llegaran
En catarata hirviente y bramadora.
¡Son los piratas! Quejas y lamentos
Y disparos y golpes, y rabiosa,
Ronca y atronadora gritería
Anuncian el asalto; nada estorba
La sangrienta invasión, nadie resiste;
A la sorpresa sigue la congoja,
Que ni la fuga misma se imagina
Esperanza brindando salvadora;
Paga allí con la vida su imprudente
Curiosidad quien á la calle asoma,

Y temblando en el fondo de sus casas
Aguardan todos en mortal zozobra
El instante supremo en que el pirata
De honor, riqueza y libertad disponga.
¡Qué terrible pillaje! ¡Con qué estruendo
Se abren las duras puertas que destrozan
El hacha y el martillo! Aquella turba
En nada se detiene, no perdona;
Del lecho arranca al viejo miserable,
Al triste enfermo, á la doncella hermosa,
Al niño, al religioso, al artesano,
A la esclava infeliz y á la matrona.

En torpe confusión, casi desnudos,
Trémulos de pavor, entre las sombras
Van en grupos llegando los cautivos
Al templo principal de la parroquia.
Más de seis mil encierra, y ya no puede
De aquel templo la nave estrecha y corta
Tanta gente guardar; falta el espacio,

Y en horrible opresión allí se forma
Una compacta masa, en la que apenas
Pueden al pecho las abiertas bocas
Llevar el aire que á la vida falta
En medio de un ambiente que sofoca.
Y va creciendo la mortal angustia,
Se prolonga el martirio y se prolonga,
Y á los rayos del sol que ardiente sube
Se despierta la sed abrasadora.
Fétida, densa, inmóvil, asfixiante
La corrompida atmósfera, se torna
En rápido veneno, que la muerte
Siembra doquier horrible y pavorosa.
Delirando de augustia, desoladas,
Sin un amigo que su mal acorra,
Miran las madres á sus tiernos hijos
En sus brazos morir; y en vano imploran
Piedad y compasión, porque sus quejas
Gritos de rabia y de dolor ahogan.
Se escucha el estertor de la agonía

Del que expira de sed; seca y nerviosa
Resuena la estrindente carcajada
Del que convulso y loco se desploma;
La horrible maldición y la blasfemia
Se unen á la oración conmovedora,
Y se mezcla el gemir de la desdicha
Con el rugido que el rencor aborta.
Allí recibe la desnuda planta
El caliente cadáver por alfombra,
Y sobre el cuerpo del anciano padre
Helada de terror la hija se posa.
Y llegan sin cesar grupos y grupos
De aventureros, que en el templo asoman
Registrando con lúbrica mirada
Las mal cubiertas ó desnudas formas
Que las mujeres ocultar procuran
Con los jirones de la escasa ropa,
Y la sangrienta mano del soldado
Arrastra á la doncella ó á la esposa,
Y la salvaje sed de sus pasiones

Sacia brutal, y luego las arroja
Á la infesta prisión, agonizantes
Bajo el peso fatal de su deshonra.

Ruego y súplica y llanto, á mover llegan
De Lorencillo el corazón de roca,
Y de agua y pan permite que á los presos
Se les lleve ración mezquina y corta.
Como lobos hambrientos que se lanzan
Sobre la débil presa, y la devoran,
Y con creciente rabia se acometen,
Y unos con otros fieros se destrozan;
Así la iglesia, en que oprimidos gimen
Los cautivos, de súbito se torna
En campo de batalla. Jadeantes,
Rugiendo de furor, convulsa y hosca
La demacrada faz, se ultrajan todos
Por apropiarse la escudilla rota,
El tosco vaso, la ánfora pesada
Que al templo llevan, en desnuda tropa,

Pobres niños, temblando de fatiga
Desde lejana fuente, y que provocan
Luchas, combates, golpes, maldiciones
Y salvajes escenas, porque ahogan
Amistades, amor, vergüenza y miedo,
El horror á la muerte y la congoja,
La horrible sed que las entrañas quema
Y el hambre con sus garras opresoras.
Y no son ya lamentos ó gemidos
Los que desprenden las humanas bocas:
Son el rugir del tigre que estremece,
Aullidos de chacal que se prolongan,
Gritos de extrañas y enconadas fieras,
Y silbos de serpientes venenosas.

Espléndido botín, riqueza enorme
De los piratas el afán corona,
Excediendo en valor á cuanto pudo
Ambicionar la turba codiciosa.
Oro y plata en monedas y en vajillas

Y en pesados lingotes, ricas joyas,
Soberbias telas y valiosos muebles
En las calles y plazas se amontonan;
Porque es tanto el botín, que su presencia
Á la perdida gente no provoca,
Pues no ambiciona la común fortuna
El que más que soñó tiene en la propia.

Ya tres veces el sol cruzado había
Por el claro cenit, cuando afanosa
Á preparar comienzan los piratas
Del anhelado embarque la maniobra.
Es inmensa la carga. Los bajeles,
Que ya la esperan en lejana costa,
Se distinguen apenas, y es preciso
Que se transporte la riqueza toda.
De los presos entonces manda el jefe
Servirse en la fatiga, y nada importa
Si la estrecha prisión y el sufrimiento
El alma turban y la fuerza agotan.

Cual lúgubre cortejo de fantasmas
Que de una cripta abandonada brota
Por el conjuro mágico evocadas,
Y los sepulcros abren, y las fosas
Lanzan de sus entrañas conmovidas
Huesos desnudos ó desnudas momias;
Escuálidos, convulsos, vacilantes,
Hirsuto el pelo, la mirada torva
Como el que va á morir, no con el gozo
De quien amada libertad recobra,
Van del templo saliendo los cautivos
Entre las filas de enemiga tropa.
Y muchas veces el doliente rostro
Á la prisión terrible que abandonan
Vuelven hijas y madres, pues en ella
De algún perdido ser á quien adoran
Queda el cadáver insepulto, y yace
En soledad horrenda y espantosa.
Nunca cordón de hormigas diligentes,
En asiduo trabajo, hora tras hora

Del henchido granero la semilla
A las trojes llevó de su colonia,
Como aquellos cautivos, sin descanso,
Hasta las playas el botín transportan,
Activando su marcha fieros golpes,
Rudos denuestos y sangrienta mofa.
Unos caminan lentos, tropezando
Bajo el peso que duro les agobia;
Otros ruedan por tierra y ya no pueden
Volverse á levantar, y aquella horda
Les arranca el suspiro postrimero
Burlando su dolor y su congoja.
Cuando el último fardo sube al buque,
Llevan las lanchas á la gente toda,
Y juntos prisioneros y piratas
Las playas mexicanas abandonan.

Ya desplegadas las turgentes velas,
Al blando impulso del terral que sopla,
Hacen gemir la recia arboladura;

Crujen las naves, y en las verdes olas
Abre la quilla movedizo surco,
Que en argentada estela se transforma.
Ya se aleja la escuadra lentamente
Como banda de cisnes, que orgullosa
Las níveas alas á la luz tendiendo
Del manso lago los cristales corta.
Pero ¡ay! ¡qué cuadro de tristeza y luto
En la ciudad desierta y pavorosa!....
Gime el viento en las casas solitarias
Atravesando por las puertas rotas,
Y en la plaza, en la calle y en el templo
Corrompidos cadáveres devoran
Hambrientos perros y aves repugnantes,
En odioso festín que nadie estorba.
¡Qué terrible infortunio! ¡Cuán inmensa
Calamidad, sembrada en pocas horas!
¡Cuántos caudales, fruto del trabajo
De largos años y constancia proba,
Se deshacen ligeros cual la niebla

Que el bosque guarda al despuntar la aurora!
¡Cuántas nobles virtudes, defendidas
Entre mundanas luchas, cuántas honras
Por femeniles pechos conservadas
En virginal candor y á dura costa,
Resistiendo al amor, á la riqueza
Y á trueque á veces de la dicha propia,
En cieno inmundo profanado arrastran
Con lascivas caricias espantosas,
Ebrios de vino y de pasión rugientes,
Torpes bandidos que á terror provocan!
¡Cuántos niños, ayer acariciados,
En la orfandad y servidumbre lloran,
Y en tanto, presas de mortal angustia
Las madres sin ventura, entre la tropa,
Y víctimas de duros tratamientos,
Desde el fondo del alma los evocan!
Y sigue el padecer. De la desgracia
La funesta medida no se colma,
Y las naves piráticas, huyendo

De Veracruz, se acercan á la costa,
Y en un islote triste y solitario
Á consumar sus crímenes aportan;
Como espantado el buitre carnicero
Cuando su presa con placer devora,
Alza el vuelo llevando entre sus garras
Los restos palpitantes, y se posa
A seguir insaciable en su tarea
En el crestón de inaccesible roca.
Los piratas exigen el rescate
A sus tristes cautivos, y se enconan
Su saña y su codicia, y once días
En el desierto islote, entre zozobras
Y tormentos sin nombre, les retienen
Hasta que el precio señalado logran.
Entonces, sin piedad, levan las anclas
Y á su suerte fatal los abandonan.

Como llegó la escuadra, así se aleja
Y así se pierde entre la obscura sombra;

Impune queda tan horrendo crimen,
Y sólo se levanta vengadora
De Lorencillo al repetir el nombre
La maldición eterna de la historia.

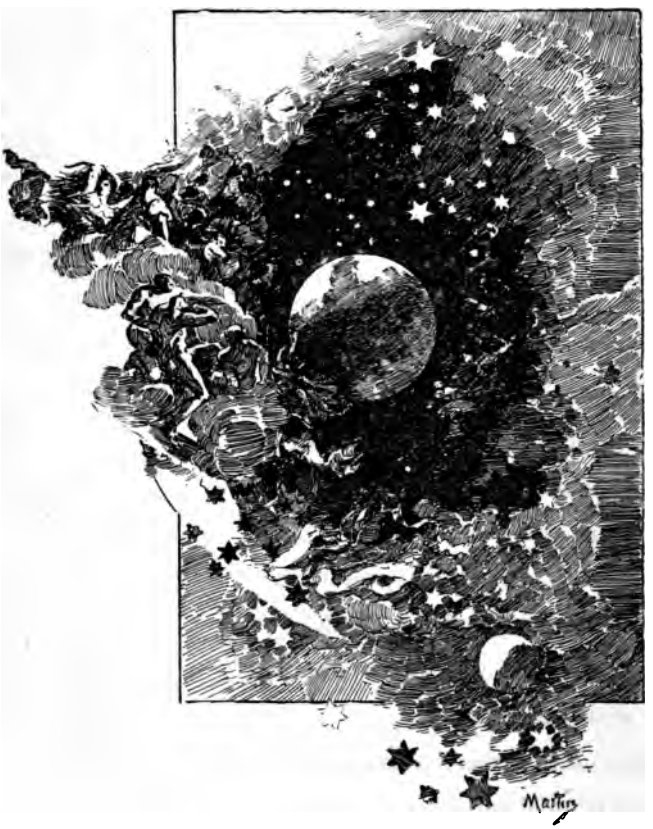
JUAN VENTURATE

(FRAGMENTO)

JUAN VENTURATE

(FRAGMENTO)

Ya de la eternidad en el misterio,
Donde los siglos vuelan confundidos
Cual átomos perdidos,
Que ni del tiempo el vendaval agita,
Y en silenciosa y turbia catarata
Raudo se precipita
En abismos revueltos y profundos
El torrente sin fin de las edades
De tantos soles y de tantos mundos;
Sus años postrimeros
El siglo diez y seis iba arrojando,
De su triunfal carrera majestuosa
La ruta señalando
Con indeleble estela luminosa.



¡Gigante siglo! Al fuego de sus soles,
Que fecundizan la terrestre esfera,

Se agita conmovida
En lucha de titanes portentosa
La humanidad entera,
Como la hirviente mar embravecida
De la tormenta fiera
Por la mano de fuego sacudida.

De templos y palacios abrasados
Se alza de polvo y humo negra nube;
Se estremece la tierra,
Y confuso rumor atruena y sube
De la incesante guerra,
Que va alumbrando el sol de cada día,
Y se oyen con espanto
Los cañones que truenan en Pavía
Y las naves que chocan en Lepanto.

Rugiendo la discordia se pasea
Sedienta de exterminio,
Emponzoña su aliento la venganza,

Y su torva mirada centellea,
Y su rojiza tea,
Que va sembrando destrucción y muerte,
Al cruzar por el campo de la idea
En luminoso faro se convierte.

Y en medio del fragor de la batalla
Y en medio de los gritos del combate,
Sus níveas alas bate
El alma ciencia, y, emprendiendo el vuelo,
Lejanos horizontes luminosos
Abre á lo porvenir, y atroz se enciende
Nueva lucha sangrienta,
Y más y más la humanidad alienta.
Y se yergue terrible y soberana,
Sus cadenas rompiendo vigorosa,
La libertad de la conciencia humana.

Como hirviente volcán que el hondo seno
De la convulsa tierra destrozando

Lanza por su cratera
Torbellinos de llamas rebramando
Y encendidos peñascos y torrentes
De abrasadora lava, que revueltos
Bajan incandescentes
En humo denso y en vapor envueltos;
Así de religión la lucha crece,
Y al asombrado mundo
En sus firmes cimientos estremece.

El llano y la montaña,
La ciudad y la aldea,
Los palacios, el templo y la cabaña,
La corte y el hogar, son de pelea
Abierto campo, en que el furor se ensaña;
Y el libro y el cañón siembran espanto,
Luto y desolación, y muerte y llanto.
Y ofrece la victoria,
En la revuelta lid sangrienta y fiera,
Al triunfador las palmas de la gloria,

Y al vencido las llamas de la hoguera.

Y soplan por el mundo desatadas,
Cual fieros aquilones
Bramando, de furor arrebatadas,
Encendidas pasiones
Con hondo batallar y en furia impía
Al espíritu humano estremeciendo
En lucha apocalíptica y sombría;
Como si en un momento, á un golpe mismo
Y crujiendo en sus goznes de diamante,
Del cielo y del abismo
Se encontraran abiertas
Por la mano de un Dios las férreas puertas,
De su seno lanzando
Raudos vertiginosos torbellinos
De innúmeras legiones, que atronando
Con su vuelo el espacio atravesaran
Y en el absorto mundo
En pavoroso choque se encontraran.

Rompiendo del caós la noche obscura,
Como astros encendidos
Que derraman su luz indeficiente,
Cruzan del siglo el tempestuoso cielo,
Levantando sus frentes coronadas
Por las auras de gloria acariciadas,
Tasso, Ariosto, Cervantes, Maquiavelo,
Keplero, Rafael, Shakspeare, Ercilla,
Copérnico, Camoes y Cardano,
Galileo y otros cien en los que brilla
Sacro fuego de genio soberano.

Entretanto, al fulgor puro y ardiente
Con que el sol acaricia
En regiones ignotas de Occidente
Con amante delicia
La inmensidad de los desiertos mares,
Ligero se disipa el denso velo
De la cerrada bruma,
Y en un lecho de espuma,

Fantástico, soberbio, esplendoroso,
Y surgiendo del seno misterioso
Del férvido Oceano,
Se levanta orgulloso
El virgen continente americano.

II.

La frente reclinada entre los hielos
Con que el ártico polo se reviste,
Colgando de sus cielos,
En las solemnes y calladas horas
De eterna soledad obscura y triste,
El rojo pabellón de sus auroras;
Sobre un inmenso lecho de granito
Á los polos del mundo encadenado,
En cuyo borde inquebrantable choca
Con empuje infinito
Soberbio el mar contra la enhiesta roca,
La América, sus fértiles llanuras

Cubiertas de verdor, próvida tiende
Y alza erguida cadena de montañas
Donde el rayo de sol su luz acendra
Y la flotante nube se suspende,
La tempestad se engendra,
Cuaja la nieve, y el volcán se enciende.

Dulces ofrece y sazonados frutos
Cada zona á porfía,
Brindando cariñosa sus tributos
Sin cultivo y feraz la madre tierra,
Que misteriosa encierra
En su seno riquísimo y fecundo
Los preciados metales
Que van á derramarse por el mundo
En copiosos y mágicos raudales.

Desbórdanse las aguas cristalinas
De inagotables fuentes
En anchurosos y profundos ríos;

Rugen entre la selva los torrentes
Despeñándose raudos y bravíos;
En los azules lagos transparentes
Las nubes se retratan,
Que al cruzar los alisios arrebatan,
Y al estruendo que forman de los mares
Las encrespadas olas,
Responden en los bosques seculares,
En lejano concierto, los rumores
Del viento que acompaña
El himno de sus pájaros cantores.

Á portuguesas y españolas naves
El genio de Colón abre camino,

Y coronando la atrevida empresa,
Les entrega el destino
Á España y Portugal sangrienta presa,
Y venero riquísimo y fecundo
Ofrece á la ambición y la codicia
La poblada extensión del Nuevo Mundo.

Y rápida, sangrienta y destructora
Se extiende la conquista,
Como el terrible incendio que devora
El bosque añoso, y con creciente furia
Envuelve al roble, al bejucal inflama,
Se arrastra en la maleza,
Seca el arroyo con su ardiente llama,
Y tendiendo su manto en la llanura
Levanta su cabeza
Coronada de nubes en la altura.

Triunfante la conquista,
El cuello inclinan tribus y naciones;

Sobre sangrientas charcas
Se clavan los extraños pabellones,
Y en la rüina del aduar que humea
Álzase el templo al Dios de los cristianos.
Y se agrupa la aldea,
Y surge la ciudad, y altivos, fieros,
Se dividen el nuevo continente
Gobernantes sin ley y encomenderos.

¿Mas del linaje humano
En donde está la omnipotente mano
Que á desbordado mar poniendo coto,
De las ondas soberbias
Que hirviendo saltan sobre el dique roto,
De súbito detenga el fiero empuje,
Y en manso torne y apacible lago
El torrente que ruge
Sembrando aterrador muerte y estrago?

Como el ronco mugido lastimero

Del expirante toro que en las selvas
Abate el cazador, en sus guaridas
Va á despertar ligero
Á las fieras que duermen escondidas,
Y que llegando en marcha cautelosa,
Por el olor de la caliente sangre
En medio de la sombra dirigidas,
En el breñal acechan
El esperado instante que oportuno
Á la presa lanzándose aprovechan;
Así la clara voz repercutiendo
De la fama en los ámbitos de Europa
Se escucha, refiriendo
De América fantásticas riquezas,
Que arranca fácil atrevida tropa,
Y fabulosos hechos y proezas,
Y mágicos paisajes, do entre flores
Mujeres bellas con mirar de fuego
Brindan á sus señores
Dulce placer en amoroso ruego;

Y al eco de la fama se despierta
Ávida de codicia la esperanza,
Pintando como cierta
La soñada fortuna, anima y lanza
En atrevida empresa temeraria
Á la turba falaz de aventureros
Que en frágiles y humildes carabelas
Ó en queches altaneros,
Y al viento dando las tendidas velas,
Cruzan el mar ó esperan en acecho
Á la mercante nave que se acerca
Á cruzar el estrecho,
Ó con mayor arrojo y osadía
Asaltan las ciudades de la costa
Á fuego y sangre y á la luz del día.

Se extienden el pavor y el sobresalto;
Ni embarcación ni puerto están seguros
De repentino asalto;
Álzanse en las ciudades fuertes muros,

Y la artillada torre se levanta.
Las escuadras Reales,
Cuyo poder al agresor no espanta,
Cruzan doquier en busca del corsario,
Que muchas veces el combate esquiva,
Y otras audaz le acepta temerario,
Y la enseña del Rey queda cautiva,
Y las costas y el mar temblando gimen;
Que manchan sus arenas y sus aguas
Tanto horror, tanta sangre y tanto crimen.

BIGOTES

EPISODIO HISTÓRICO. — 1708.

BIGOTES

EPISODIO HISTÓRICO. — 1708.

I.

Su ronca voz la fama dilatando
Por la tendida costa mexicana,

Que con sus ondas de zafir arrulla
El Atlántico mar, contó cien veces
Despertando terror, sembrando pena,
Y alarma difundiendo y sobresalto,
Hechos terribles, lances fabulosos
De audacia y de valor, rudos combates,
Abordajes, asaltos y sorpresas
De un osado pirata, cuyo nombre
Calló la historia y olvidó la fama.
Pintábale la gente alto y membrudo,
Ancha la espalda, levantado el pecho,
Mirada al par que altiva penetrante,
Lento en andar y en el hablar pausado.
Dando aspecto más duro y más sombrío
Y aumentando del rostro la fiereza,
El espeso bigote, negro y lacio
Y flotante llegando hasta los hombros,
Dió seña con que fuera conocido
El temible y audaz filibustero.
Hoy sin duda se asoma la sonrisa

De la faz más adusta por los labios,
El apodo escuchando de *Bigotes*
Que al pirata se dió; pero en el siglo
En que víctimas eran de su furia
Las ciudades del Golfo, y recelosos
Los marinos temblaban de encontrarle,
Ese nombre fatal era la cifra
De todo lo espantoso y lo temible;
Y nunca el navegante, atravesando
El piélago en que reinan procelosas
Repentinas tormentas, más cobarde
Á cada instante registrando el cielo;
Se estremece si mira en el espacio
Nubecilla ligera, si las brisas
Parecen arreciar, si el tiempo calma,
Si viste el sol de rojo el firmamento
Al hundirse la tarde, ó si los astros
Rutilan más brillantes, como entonces,
Trémulos de pavor y sobresalto,
En tropel á las playas acudían

Los habitantes todos de la costa,
Cada vez que miraban á lo lejos
De alguna embarcación las blancas velas.
Y en constante zozobra, el horizonte
Explorando tenaces, del pirata
Á todas horas descubrir creían
La rauda embarcación sobre los mares,
En cada nube que arrastraba el viento,
En la flotante bruma, entre la niebla,
En el pardo alcatraz que silencioso
Se destacaba en solitaria roca,
Y hasta en el copo de la blanca espuma
Que en las henchidas ondas engalana.

De la tranquila sonda de Campeche
Haciendo hervir las aguas cristalinas,
Como la garza que al cruzar el lago
Con el cándido pecho rompe ufana
La tersa superficie, y el garrido
Y blanquísimo cuello yergue altiva,

Así para las costas yucatecas,
Por el viento empujada, va la nave
Que á bordo lleva al opulento hidalgo
Don Fernando Meneses de Sarabia,
Que el monarca español Felipe Quinto
Para regir á Yucatán elige.
El sol de la mañana matizando
Un cielo azul, purísimo y profundo,
En torrentes de luz sobre los mares
Derrama su calor; duermen las olas
Blandamente arrulladas por la brisa,
Y en el líquido manto de zafiro
Ricos cambiantes brillan de oro y perlas.
Roza en su vuelo alegre la gaviota
El agua de la mar; cruzan trinando
En la ribera pardas golondrinas,
Y el pesado alcatraz torpe aletea,
Mientras que vuela y salta vocinglero
En las flotantes palmas el zanate.

Ligera va la nave. Mas, de pronto,
Oscila y se detiene y luego vira
Y en nuevo rumbo el aparejo empeña.
Como indómito potro que del bosque
Entre las sombras al cruzar tranquilo
Siente el olor del tigre carnicero,
Detiene el paso, y la cabeza erguida
Inquieto torna por doquier, el aire
Con las anchas narices dilatadas
Aspira con violencia, lanza luego
Resoplido sonoro, se estremece,
Sacude altivo las copiosas crines,
Veloz revuelve, y en la obscura selva
Rompiendo el bejucal se precipita;
No de otro modo la española nave
Que conduce á Meneses de Sarabia,
Sus velas todas desplegando al viento,
Rompe veloz con la ferrada proa
Las movedizas ondas, porque osado
Dándole caza con tenaz porfía,

Como va tras el ciervo fugitivo
Corpulento lebrel, sigue tras ella
El atrevido queche del pirata.
¡Cómo cruzan la mar! Nunca en la pista
Alígeros corceles, más pujantes,
La victoria y el premio disputando,
Devoran el espacio, cuando sienten
El látigo y la voz y las espuelas
De tendidos jinetes que anhelantes
La postrera señal miran cercana.
Sobre la popa la mirada fija
En el queche pirata, fascinado
Cual tórtola infeliz por la serpiente,
Va trémulo Meneses, comprendiendo
Que rápida se acorta la distancia
Que separa las naves, y ya mira
Del contrario bajel cruzar el puente
Afanosos marinos; los cañones
Descubren ya la ennegrecida boca,
Y se escuchan llevadas por el aire

De la ronca bocina obscuras voces.
¡Qué tremenda zozobra cuando el viento
Parece desmayar, cuando las velas
Se cuelgan de los mástiles, flotando
Como estorbosa carga! ¡Qué agonía
Sufre Meneses, al sentir que oprimen
En convulsivo abrazo su cintura
La tierna esposa y los pequeños hijos!
Vuelve el rostro y les mira, y demudado
En vano quiere hablar, y sobre el seno
Conmovido y lloroso los estrecha.
Torna el viento á soplar, y otra vez sigue
El empeño tenaz, y los bajeles
Uno tras otro rápidos se lanzan.
Así, seguida del halcón marino
La tímida gaviota, á rumbo incierto
Emprende el vuelo, y las batientes alas
Agitando veloz, avanza y sube
Y retrocede y baja, y ya la espuma
Fugaz tocando con el pecho rompe,

O ya como la flecha desprendida
Del arco vibrador, en el espacio
Y en el azul del cielo se confunde.

Llega el momento al fin en que el pirata
Á la española nave da el alcance.
Suena, intimando rendición ó muerte,
La encorvada bocina, y de un costado
Del corsario bajel relampaguean
En las estrechas portas los cañones.
El sonoro estampido rompe el aire;
Rugen fieros los negros proyectiles,
Y densa nube de humo se alza y flota,
Y envuelve al queche, y luego descendiendo
Sobre la mar se arrastra blandamente
En ancha faja de rizada pluma.
Embiste el queche á la española, y cierra
Aferrando las bandas, de abordaje
Con los tenaces ganchos. Salta osado
El capitán pirata sobre el puente,

Blandiendo el hacha en ademán terrible,
Y en espantosa confusión, los suyos
Al cautivo bajel fieros se arrojan.
Reina el pavor allí: lloran los niños,
Las mujeres convulsas se arrodillan,
Se atropellan los hombres, y unos corren
Buscando en los pañoles y en la cala
Escondido refugio, y otros quedan
En sus puestos inmóviles, creyendo
Que así la vida de enemigas manos
Podrán salvar en tan tremendo lance.
Pálido de emoción, pero sereno,
Cubriendo con su cuerpo á la abatida
Doliente esposa y á los tiernos hijos,
Se presenta Meneses al pirata
Sin ocultar su nombre ni su rango.
Los ojos del osado aventurero
Fosfórico reflejo de alegría
Ilumina fugaz; la noble presa
Que amiga la fortuna le depara,

Más que el botín de la abordada nave
Corona su ambición. Con voz de trueno
Que hace vibrar crujiendo las cuadernas
Ordena retirada. Le obedecen
Sin vacilar ni murmurar los suyos,
Que á su bajel precipitados tornan,
Y un momento después sólo se miran,
Al lado de Meneses, el pirata,
Y las dobladas guardias vigilantes
Al bajel y á los presos custodiando.

Acordado el rescate de Meneses,
Hora es ya de partir. La mar convida
Con lenta ondulación á los marinos,
Como la blanca y oscilante cuna
Que al niño muestra cariñosa madre.
En un gallardo bote, que se mece
Junto á las naves, en las mansas olas
Seis robustos piratas con sus remos
Al pie se ven de la tendida escala.

Por ella el capitán baja el primero,
Y va tras él Meneses pensativo;
Y asoman á mirar sobre la borda
Rostros en que se pinta la alegría,
El temor, la esperanza y el asombro.
Entra al bote el pirata, y los cordeles
Que al sensible timón sirven de rienda
Empuña con destreza; se reclina
Á su lado Meneses, y azotando
Con unísono golpe los remeros
El crespo mar, al repentino impulso
Ligero el bote parte y se resbala
Alejándose raudo de las naves.

II.

Corre en tropel revuelta muchedumbre
Llegando de los barrios presurosa,
Pues rápida circula por Campeche

La extraña nueva de que al puerto vino
Una ligera lancha, tripulada
Por unos hombres cuyo idioma y traje
Y aspecto singular, indicios claros
Dan para comprender que se presentan
De algún buque pirata desprendidos.
Y lo que mueve más y más excita
Al pueblo en esta vez, lo que le asombra,
Es la noticia de que aquellas gentes
Conducen á Meneses de Sarabia,
Nombrado por el rey Felipe Quinto
Gobernador de Yucatán. Cual nacen
Al desprenderse torrenciales lluvias
De la enhiesta montaña por las crestas
Bullidores arroyos, que ligeros
En cintas de cristal se precipitan
Con lánguido rumor, y á cada instante
Creciendo más y más, roncos murmuran
Por la vertiente rápida hasta unirse
En torrente espumoso convertidos,

Que brama y ruge en la cañada agreste;
Así va de Campeche por las calles
La hirviente multitud, crece el tumulto,
Llega en olas la gente hasta la plaza,
Y semejante al mar embravecido,
Que sus olas gigantes alza y choca
Del escarpado morro entre las peñas
Y su zumbo sonoro repercuten
De la montaña los lejanos ecos,
La activa muchedumbre se revuelve
En creciente alboroto confundida
Y en rápidas corrientes, que se cruzan,
Se encuentran, se confunden y se oprimen.
Mas de repente disminuye y cesa
Todo el rumor. Curiosidad y asombro
Revelando tenaces las miradas,
En el grupo se fijan, que aparece
Por un extremo de la plaza entrando.
Viene en medio Meneses, no abatido
Ni de fiera altivez haciendo alarde;

Sereno al parecer, mas dando muestra
De punzadora pena mal guardada;
Van en su derredor los regidores
De la ciudad, con demudado rostro,
Y en voz baja, violentos ademanes
Y siniestro mirar, franca mostrando
La noble indignación que se desborda,
Al pensar con horror que la presencia
De los piratas la ciudad profana.
Tras ellos, desdeñoso, indiferente,
No más arma llevando que en el cinto
Ancho y vistoso sable de abordaje,
Marcha el filibustero. ¿Quién, mirando
Su torva faz, su nombre no adivina?
¿Quién, al verle llegar, dentro del pecho
No siente que agitado se estremece
El corazón? ¿Y quién, cuando pasea
En el concurso inmenso la mirada
Fiera y provocativa, como un reto
De aquel hombre fatal, raudo los ojos

No aparta con horror, cual si creyera
Objeto hacerse de su negra furia?
De instintivo temor sobrecogida
Retrocede la gente, y ancha calle
Va de la multitud entre los grupos
Abriéndose delante del pirata.
Llega, por fin, Meneses á la puerta
Del salón de cabildos, y el conserje
Con respeto se inclina, dando paso.
Pero al mirar al capitán, procura
Impedirle la entrada; una sonrisa
De altivez y desdén juega en la boca
Del temible corsario; con desprecio
Al portero contempla, y se adelanta
Con osado ademán, mientras sonando
Las anchas puertas del salón se cierran.

Sobre un viejo sitial, como agobiado
Bajo el peso de bárbaro infortunio,
Se desploma Meneses. En silencio

Él y cuantos le siguen permanecen
Durante largo tiempo, y sólo turban
La calma sepulcral de aquel recinto
Sordos rumores que confusos llegan,
Como tumbos del mar, desde la plaza
Donde afanosa multitud se agita,
Como suele un enjambre alborotado
En derredor de la colmena rota
En parda nube que revuela y zumba.
Volviendo en sí Meneses, la palabra
Al Cabildo dirige, y les refiere
Toda su desventura: la promesa
De pagar un rescate; que en la nave
Su familia infeliz queda en rehenes,
Y que á buscar la suma convenida
Hasta el recinto aquel llega el pirata.
—«Harto sabéis, señores, que el destino—
Les dice al terminar—de los humanos
En el poder no está; que omnipotente
Y bondadoso, Dios ordena y guía

De este mundo las cosas, y dispone
De nuestra suerte aquí. Lección ó pena
El dolor que me manda, yo respeto
Su santa voluntad. Haced vosotros
Lo que en honra del Rey y á su servicio
Y en mi bien y favor hacer os plazca.»
No bien hubo Meneses terminado
Su triste relación, cuando el alcalde
Se puso en pie, con mano temblorosa
Por la avanzada edad su barba luenga
Atusando convulso, y con acento
Que turba la emoción, así responde,
Más que al mismo Meneses, sus palabras
Al severo Cabildo encaminando:
—«Ya, dignos compañeros, que el remedio
En tanto mal, y en aflicción tan grande,
De nuestras manos al alcance pone
La divina bondad; ya que la vida,
La libertad, y la familia y la honra
Del noble hidalgo que á regirnos manda

El Rey nuestro señor, están sujetas
Hoy á nuestro querer, no vacilemos;
Entréguese el rescate, y vengan libres
La tierna esposa y los amados niños.
Yo comprendo muy bien, pues no se oculta
Á mi larga experiencia ni á mis años,
Que vuestros pechos generosos sangran,
El rescate al pagar, no por el oro,
Que, por fortuna, en vuestras cajas sobra;
Sí porque en esta vez vuestra hidalguía
Humillada se siente, recibiendo
Condiciones y ley de un enemigo
Sin fe, sin religión y sin bandera.
Y más la indignación se agita y crece
Contemplando el orgullo y la osadía
Con que llega hasta aquí, y entre nosotros
Su voluntad y su capricho impone.
Su queche está á la vista, y en el puerto
Un bajel poderoso, tripulado
Por valientes marinos, sólo aguarda

La primera señal para lanzarse
Sobre el audaz pirata. Y es preciso
No dar esa señal; cerrar los ojos
Á tanta humillación; dentro del pecho
Nuestra herida ocultar, que así lo exige
Esa madre infeliz que triste llora
Con sus hijos en duro cautiverio,
Y que son en la nave prisionera
Prenda de impunidad á los piratas.
Nuestros hijos aquí, nuestras mujeres,
La caridad y el corazón, nos gritan
Que consumarse debe el sacrificio
Del ofendido orgullo; Dios lo manda,
Y obedientes su ley acataremos.»

Dos horas han pasado, y va ligera
De retorno la lancha del corsario,
El rescate llevando de Meneses
En los sacos henchidos de oro y plata.
Poco tiempo después, desde la costa

Contemplan los que aguardan afanosos
Cómo viene garbosa para el puerto,
Y libre ya, la nave prisionera
Y los que en ella estaban, mientras raudo
Se va alejando el queche del pirata.

SOR MAGDALENA

(TRADICIÓN)

.....neve rerum quas viderimus et audierimus, quasi formæ quædam ac imagines in anima permaneant ad exitium interitumque nostrum.

SAN BASILIO, *Regula fusius.*

SOR MAGDALENA

A Francisco A. de Icaza.

I.

Tras los espesos muros seculares,
Cuyos toscos sillares
Reviste el musgo y la humedad desgrana,
Donde la hierba descuidada crece,
Y el buho se guarece
Esquivando la luz de la mañana,

II.

Se extienden solitarios y sombríos,
Como la tumba fríos,
Los espaciosos claustros de un convento,
Donde la luna tiembla penetrando,
Cual si fuera alumbrando
La prisión del humano pensamiento.

III.

Allí la celda reducida, aguarda
Misterio que acobarda;
Allí se agitan en constante guerra,
En hondo batallar, en fiero duelo,
La aspiración del cielo
Y las ciegas pasiones de la tierra.

IV.

Allí, de las mundanas tempestades
Huyendo las crueldades,
Como roto bajel que busca el puerto,
Llegando van las almas laceradas;
Arenas empujadas
Por el *simoun* que removió el Desierto

V.

¿Y qué buscan allí? ¿Se puede acaso
En ese breve paso
Dejar el corazón fuera del muro,
Del recuerdo extinguir la ardiente llama
Y la pasión que inflama
Desterrar con las preces de un conjuro?

VI.

Como sangriento buitre que destroza
Á su víctima, y goza
Contemplando el horror de su agonía,
Así en el alma, firme, encarnizado,
Está el dolor clavado,
Su veneno filtrando noche y día.

VII.

Son allí las memorias más intensas;
Más fúnebres y densas
Las nubes que del alma se levantan,
Y cruzan por las ascuas del deseo
Con pesado aleteo
Imágenes bellísimas que espantan.

VIII.

Es inútil la lucha, y hace en vano
Esfuerzo sobrehumano
Para evitar el insondable abismo,
Que la llama, la arrastra y la fascina
El alma, que camina
La misma siempre y sobre el mundo mismo.

IX.

Allí Sor Magdalena, retraída,
La congojosa vida,
Que secreto dolor constante amarga,
Divide austera en el asilo santo
Entre oración y llanto,
Que hacen más dura la tremenda carga.

X.

En su primer amor fué tan constante,
Tan tierna y tan amante,
Que al sentir el inmenso desconsuelo
Del primer desengaño, arrebatada,
Y ciega y despechada,
Celebra eternas nupcias con el cielo.

XI.

Mas sin hallar descanso ni reposo,
Del celestial esposo
Cambia la forma y equivoca el nombre,
Y al invocarle ardiente en su amargura,
Le sueña en su locura
Con las formas fantásticas de un hombre.

XII.

Del hombre mismo que su fe quebranta
Cuya imagen levanta
Sobre ancho pedestal de amor inmenso,
Lo mismo en la sonrisa que en el lloro,
En el altar y el coro
Y entre las blancas ondas del incienso.

XIII.

Nunca puede alcanzar que la abandone,
Y siempre se interpone
Entre ella y Dios cual sombra temeraria,
Y apasionadas frases le provoca
Que salen de su boca,
Mezclándose á la mística plegaria.

XIV.

Sueña escuchar palabras seductoras
En las calladas horas
En que del templo en la tranquila nave
Resbalando en los ámbitos obscuros
Sobre los viejos muros
Alza el viento rumor pausado y grave.

XV.

Á veces tentadoras armonías
De fiestas y alegrías,
Alzándose confusas y lejanas,
Entran á perseguirla hasta su lecho,
Asaltando el estrecho
Paso que dan al aire las ventanas.

XVI.

Entonces con la fiebre del delirio
Doblando su martirio,
Se siente transportada á los salones
Donde luciendo gala y gentileza,
Es imán su belleza
De ardientes y viriles corazones.

XVII.

La atmósfera candente y perfumada
Respira enamorada,
Siente el nervudo brazo en su cintura
Que en la ligera danza la sostiene,
Y hasta su frente viene
El suspiro que arranca su hermosura.

XVIII.

Oye las frases del amor que hechizan,
Frases que se deslizan
Y encienden en su pecho ardiente llama,
Y arrebatada y ciega y delirante
Siente en aquel instante
Fuego que por sus venas se derrama.

XIX.

Resuena en tanto en la mansión tranquila
La destemplada esquila,
Que al rezo convocando la despierta,
Y arranca de sus labios un gemido
Al mirar convertido
Soñado bien en desventura cierta.

XX.

Una hermosa mañana, desde el coro,
El órgano sonoro
Por las augustas naves derramaba
De voces la corriente fugitiva
Que en la calada ojiva
Los pintados cristales agitaba.

XXI.

Monótono y tristísimo murmullo,
Como lejano arrullo
Levantado por voces misteriosas,
Y dando de piedad muestra y ejemplo,
Se escuchaba en el templo
El rezo de las santas religiosas.

XXII.

Del alba pura á la primer sonrisa
Comenzaba la misa,
Y en el fondo del templo, arrodillado
En humilde actitud, baja la frente,
Á la oración ferviente
Un apuesto doncel yace entregado.

XXIII.

Inmóvil y tan cerca de la reja
Una estatua semeja,
Ejemplo mudo del orgullo humano,
Que con el arte pretendió altanero
Recordar al guerrero
Sobre la humilde fosa del cristiano.

XXIV.

Bajo los pliegues del tupido velo,
Fuerzas pidiendo al cielo,
Que ya le faltan en la lucha fiera,
Repasa Magdalena en sus congojas
Las amarillas hojas
Del viejo libro en que rezar quisiera.

XXV.

Absorta con su propio pensamiento,
El agitado viento,
Cruzando las estrechas celosías,
Llega á su faz, trayendo de la nave
Un perfume süave,
Encantador recuerdo de otros días.

XXVI.

Como herida de un rayo, palpitante
Alza el rostro anhelante,
Porque el perfume aquel es su perfume;
Mil veces lo aspiró cuando á su lado,
Galán y enamorado,
La pasión le inspiró que la consume.

XXVII.

¡Qué infinitos recuerdos en su pecho,
Como huracán deshecho,
Despierta aquella ráfaga perdida!
Todo el pasado surge en su memoria,
Y olvidando la gloria,
Á su antigua pasión torna vencida.

XXVIII.

Sobre la reja la encubierta frente
Reclina febrilmente,
Y despidiendo rayos, su mirada
Se clava al fin como puñal de acero,
Del gentil caballero
En la faz dolorida y conturbada.

XXIX.

Él es: sus penas, al mirarle, entiende,
Y adivina y comprende
Que si en su rostro la profunda huella
Se marca del dolor, y si rendido
Hasta el templo ha venido,
Es por ella no más, no más por ella.

XXX.

En ese rapto de pasión no alcanza
Más risueña esperanza
Que del claustro romper los férreos lazos,
Y lanzándose al mundo en raudo vuelo,
Ir á buscar el cielo
Expirante de amor entre sus brazos.

XXXI.

Terrible la impaciencia la devora;
Fugaz pasa la hora
Destinada á los rezos matinales;
Se concluye la misa, y lentamente
Silenciosa la gente
Va cruzando del templo los umbrales.

XXXII.

El último devoto desparece,
Y sólo permanece,
Como perdido en la anchurosa nave
Junto á la reja, inmóvil y severo,
El gentil caballero
De noble porte y continente grave.

XXXIII.

Reconcentrado en su pensar profundo,
Olvidado del mundo,
Y en hondas reflexiones sumergido,
Escucha ya del éxtasis despierto
Leve rumor incierto
Que baja desde el coro hasta su oído.

XXXIV.

¿Es un vago suspiro de ternura?
¿Un eco de amargura?
¿De ignorado dolor errante queja
Que exhala como místico perfume
Alma que se consume
Allá detrás de la inflexible reja?.....

XXXV.

Vuelve el rostro el mancebo, y con espanto,
Bajo del velo santo,
Apartado con mano convulsiva,
Contempla marchitada por la pena
La faz de Magdalena
Y su mirada ardiente y expresiva.

XXXVI.

Apenas conteniéndose, sofoca
El grito que á su boca
Arranca la sorpresa, y sin aliento,
Y como el árbol por el rayo herido,
Vacila conmovido,
Perdiendo en sombras vista y pensamiento.

XXXVII.

Inmóviles los dos, con las miradas
Uno en otro clavadas,
Extáticos y absortos permanecen;
Hasta que ya las solitarias naves
Con los ecos süaves
De la última plegaria se estremecen.

XXXVIII.

Entonces, como huyendo del abismo,
Con terrible heroísmo,
Se aparta Magdalena de la reja
Sin volver la mirada; y presa en tanto
De repentino espanto,
Con raudos pasos el doncel se aleja.

XXXIX.

¿Qué horrible tempestad se precipita,
Y conmueve y agita
De Magdalena el alma sin ventura
Que se siente arrastrada en su camino
Por fiero torbellino
De negro abismo hasta la sima obscura!

XL.

Nunca con más pasión, ni más intenso
Aquel cariño inmenso
Encendiendo su ser, mostró á sus ojos
Fantasma de ilusión tan palpitante
Que busca delirante
Besos candentes en sus labios rojos.

XLI.

Ya se sueña feliz, cuando violento
Clava el remordimiento
Sus garras en el pecho dolorido,
Y ofusca la ilusión, y es tan agudo
Aquel dolor, que rudo
Arranca de sus labios un gemido.

XLII.

Como del puerto al encendido faro
En demanda de amparo,
Ante la imagen pura de María,
Atribulada por creciente pena,
Se arroja Magdalena
Implorando favor en su agonía.

XLIII.

Desfallecida, ante el altar de hinojos,
Y los nublados ojos
Con ardiente fervor alzando al cielo,
Á la madre de Dios envía el alma
Para pedirle calma
Y en su santo cariño hallar consuelo.

XLIV.

Y piensa que descubre, aunque de lejos,
Los pálidos reflejos
De inexplicable y mística ventura,
Y oye voces que pasan murmurando,
Apacibles calmando
Su agitación febril y su amargura.

XLV.

En su pecho renace la esperanza;
Se imagina que alcanza
Á extinguir la pasión que la devora,
Y de súbito se alza más terrible,
Mostrándose invencible
Atizando su llama hora por hora.

XLVI.

En tan hondo penar, en tal fatiga,
Y sin que mano amiga
Le preste apoyo en la mortal dolencia,
Llega la noche con su negro manto
Acreciendo el espanto
De las sombras que envuelven la conciencia.

XLVII.

Pero del alba al pálido reflejo,
Con su grato cortejo
De ilusiones fantásticas, triunfante
Vuelve el amor, y corre Magdalena,
Olvidando la pena,
Hasta la reja en busca de su amante.

XLVIII.

Se abre del templo la crujiente puerta,
Y en la nave desierta
El apuesto galán entra el primero:
Cruza frente al altar, su faz humilla,
Y luego se arrodilla
Junto á la reja, pálido y severo.

XLIX.

El alma en la mirada reconcentra,
Y procura y encuentra
Fulgurantes y límpidos los ojos
De Magdalena, y grata una sonrisa
Que dibuja indecisa
Plácido amor entre sus labios rojos.

L.

Y así se pasan uno y otro día;
Ella en la celosía,
Ardiente, apasionada, insacïable;
Él de hinojos, inmóvil, arrobado,
Al delirio entregado
Del éxtasis más puro é inefable.

LI.

Ahoga Magdalena en su demencia
La voz de la conciencia;
No lucha más; cesó el remordimiento,
Y á la encantada lùz de sus amores
Ve cubrirse de flores
El obscuro recinto del convento.

LII.

Un mundo de placer halla en sí misma;
Se confunde y se abisma
En la imagen del hombre que es su sueño,
Y al sentir de su amor los fuertes lazos,
Mirarle entre sus brazos
Es su sola ambición, su solo empeño.

LIII.

Una tibia mañana, y cuando apenas
Tranquilas y serenas
Las luces de la aurora iban brotando,
El doncel, que del coro no se aparta,
Ve caer una carta,
Que alzó ligero y ocultó temblando.

LIV.

¡Con qué impaciencia que termine ansía
La misa de ese día!
Y no bien se termina, presuroso
El templo deja y á su casa vuela,
Y rompe de la esquela
El nuema perfumado y misterioso.

LV.

«Sol de mi vida, mi constante anhelo,
Aurora de mi cielo
—Dice la carta—el vértigo me ciega;
En vano lucho por buscar la calma;
Ven á obtener la palma
De esta mujer que á tu pasión se entrega.

LVI.

No vaciles, no temas: de este abismo
Arráncame tú mismo;
En esta noche y al sonar la una,
Por la tapia que mira al Occidente
Escala, que impaciente
En mis brazos te aguarda la fortuna.

LVII.

Feliz te seguiré; por ti desprecio
Cuanto en el mundo necio
Empeño ardiente ó ambición inspira.
Nada, contigo, nada me acobarda;
Ven presto, que te aguarda
No Magdalena ya, sino tu *Elvira.*»

LVIII.

En un inculto, abandonado huerto,
Pavoroso y desierto,
Que enmarañada envuelve la maleza
Y que pendiente y elevado muro
Le sirve de seguro,
Dando al convento linde y fortaleza,

LIX.

Aquella noche y al sonar la una,
Y cuando ya la luna
Pálida y al ocaso se avecina,
Leve rumor se escucha y, cautelosa,
Una sombra medrosa
En la vaga penumbra se adivina.

LX.

Es Magdalena: con febril empuje,
La maleza, que cruje,
Rompiendo va para llegar ligera
Hasta el pie de la tapia, y palpitante
El anhelado instante
Allí, temblando, entre la sombra espera.

LXI.

Dejó ya la sagrada vestidura,
Símbolo de clausura;
En negro manto su belleza envuelve;
Que ya de su pasión el desvarío,
En su anhelar impío,
Á romper con el cielo la resuelve,

LXII.

El profundo silencio de aquel huerto
Turba tan sólo, incierto,
El aire leve, con sus vagas ondas
Trayendo el eco de rumor lejano,
Ó sacudiendo ufano
De la arboleda las movibles frondas.

LXIII.

La luna en el ocaso se sepulta,
Y entre la sombra, oculta
Magdalena impaciente y esperando,
De súbito se yergue y se estremece;
Que su amante aparece
El altísimo muro coronando.

LXIV.

Cuelga el doncel la movediza escala;
Pero torpe resbala
En el musgo su planta, y desprendido,
Llevando en pos de sí la yedra rota,
El pavimento azota
En inerte cadáver convertido.

LXV.

Magdalena, aterrada, ronco y fiero
Gemido lastimero
Exhala de su pecho y se desploma,
Como herida de muerte y sin aliento
Sobre el tronco sangriento,
Cuando la luz en el Oriente asoma.

LXVI.

Vibra á poco la voz de una campana,
Que, sonando lejana,
La torna en sí de su mortal letargo,
Y tiembla Magdalena, sorprendida
De volver á la vida
En tanto duelo y trance tan amargo.

LXVII.

Tímida en derredor mira y se espanta.....
La cabeza levanta.....
Errantes vagan sus turbados ojos.....
¿Es delirio? ¿Es verdad? Ni está en el huerto
Ni del amante muerto
En sus brazos oprime sus despojos.

LXVIII.

Es aquella su celda, aquel su lecho
Incómodo y estrecho;
Su mesa y su sitial de tosco encino,
Y el cuadro de la imagen de María,
Difundiendo alegría
El resplandor de su mirar divino.

LXIX.

Y todo lo contempla absorta, muda,
Y la espantosa duda
Se agita en su cerebro y la sofoca;
Siente que débil la razón le falta,
Y de su lecho salta
Delirante, turbada, como loca.

LXX.

En la celda la luz de la mañana
Por la estrecha ventana
Se desliza apacible: Magdalena,
De la duda tenaz en el empeño,
Pensando que es un sueño,
Corre á la iglesia, de esperanza llena.

LXXI.

Él debe estar allí: ella le busca,
Y su razón se ofusca,
Porque ni está, ni llega, y terminada
La santa ceremonia, ya la gente
Se aleja lentamente,
Y llora la infeliz atribulada.

LXXII.

Vuela entonces al huerto, y allí observa
Con pavor que conserva
Sus pisadas la arena removida,
Destrozada la yedra, y junto al muro
Triste manchón obscuro
De hierba, por la sangre enrojecida.

LXXIII.

En espantosa confusión no acierta
Si soñando ó despierta
Está en aquel instante, y dan entonces
De la iglesia en el alto campanario
El toque funerario
En triste son los consagrados bronces.

LXXIV.

De allí se aparta vacilante y ciega,
Y cuando al templo llega
La dicen que la víspera en un duelo
Álvaro sucumbió; que del convento
Bienhechor opulento
Sus plegarias por él levante al cielo.

LXXV.

Pocos años después aún se veía
Al despuntar el día,
Tras la reja del coro arrodillada,
Semejante á fantasma silenciosa,
Humilde religiosa,
Muda, pálida, triste y demacrada.

LXXVI.

Era Sor Magdalena; su existencia,
Por oculta dolencia
Sin tregua ni descanso combatida,
Se agotaba fugaz, sin el consuelo
De explicarse en su anhelo
El terrible secreto de su vida.

ÍNDICE

ÍNDICE

Páginas.

ESTROFAS

Á mi madre 7
El alba. 9
El mediodía. 12
La tarde. 15
La noche 18
La vejez 22
Idilio 24
La siesta. 27
Las golondrinas. 32
Un recuerdo. 34
El Escorial. 38
La campana. 40
Duda y fe 42
La moral. 44
Hoy. 46
Á media noche. 48
Amor. 50
Alborada. 56
La gloria. 60
Al viento. 61
La veleta 63
Epístola. 65

Páginas.

POEMAS Y EPISODIOS

La flor 73
Lorencillo.. 91
Juan Venturate. 113
Bigotes. 131
Sor Magdalena 155